

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Andrés Ollero Tassara

Interpreten estas líneas como prefieran, pero, por favor, no las consideren prólogo; después de leer lo que el autor piensa de tal género literario entenderán por qué.

Le conocí hace ya no pocos años, en víspera del mítico 68. Mientras el mundo occidental sometía a revisión sus valores, consolidados tras la Guerra Mundial, España vivía ese mismo proceso con su peculiar problema pendiente a cuentas. No dejaba de resultar paradójico contribuir a poner en solfa las libertades democráticas, tachadas de *formales*, cuando aquí la espera de su logro llevaba demasiado tiempo ya fuera de cuenta. De ahí que los eurocomunismos y las propuestas de *uso alternativo del derecho* tuvieran entre nosotros mayor eco práctico, aunque se compartiera ritualmente el culto a los Marcuse o Althusser. Parecía lógico aprovechar cualquier resquicio para disfrutar de parciales libertades; tiempo habría luego para *superarlas*.

La Universidad se sentía depositaria y responsable de un reducto de libertad que había de esforzarse por sacar a la calle. La de Granada, en concreto, reunía por entonces en su Facultad de Derecho a un grupo de catedráticos de merecido prestigio. Marchado Sánchez Agesta, contaba aún con Rafael Gibert, José María Stampa (plenamente dedicado a lo académico) o Juan Antonio Carrillo Salcedo o Miguel Motos, entre otros, y recuperaría pronto a Nicolás María López Calera y José Antonio Sáinz Cantero. Con todo, quien le daba una peculiar impronta, pese a su notoria renuncia a todo exhibicionismo y su consolidada vocación de antihéroe, era ya sin duda Francisco Murillo Ferrol.

Recién llegado, estrenando licenciatura, quien atrajo sin embargo mi atención no fue un catedrático. No existía aún el cuerpo de Profesores Adjuntos. Los así llamados habían realizado un concurso público, con o sin competidor, cuya superación les brindaba la posibilidad de ejercer tareas académicas de cierto alcance durante cuatro años, prorrogables por otros tantos. Lo llamativo de Manuel Ramírez, Manolo para los amigos, era su autoridad académica, muy superior a la de muchos catedráticos de la casa. Contribuían a demostrarlo, sin gran entusiasmo de los preteridos, una figura muy característica de aquella Universidad: los Colegios Mayores. Hasta una docena, en su mayoría de iniciativa social, casi todos ellos confessionales, competían en la organización de actividades culturales que justificaran su labor. La supremacía del profesor Ramírez en el *ranking* de invitados acababa resultando elocuentemente, y para más de uno enojosamente, aplastante.

Manolo Ramírez dejaba traslucir una veta inequívocadamente *gineriana*. Me fue muy fácil identificarla, porque el objeto de mi naciente tesis doctoral era un jiennense, que, antes de ser catedrático de Metafísica en la Central y académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, figuró como Giner de los Ríos entre los residentes del venerable Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, confanzudamente conocido por los universitarios granadinos como “el Bartolo”. La tesis me llevó a familiarizarme con lo poco que por entonces se había escrito sobre la Institución Libre de Enseñanza. El autor sobre la que versaba llegó a convertirse en el principal debelador de sus orígenes krausistas, poniendo en la picota ya desde Granada el legendario discurso inaugural de Julián Sanz del Río.

Lo poco escrito era la apotación del hispanista de turno, Ivonne Turin en este caso, y los libros de Vicente Cacho Viu y María Dolores Gómez Molleda, a los que pronto se uniría el de Juan José Gil Cremades; porque en España no sólo es tradicional que la historia no la hagan los que se empeñan luego en presumir de haberla hecho, sino que ni siquiera son los primeros en escribirla los que acaban erigiéndose en sus gratuitos albaceas.

Cuando hablo de la veta gineriana de Ramírez dejo entrever mi convicción de que el mundo institucionista, como casi todo en esta España que el autor nos desviste, estaba movido por dos almas bien distintas. La del mensaje de Giner, rebozante de sensato afán regeneracionista, y la de los que, más *krausistas*, reafirmaban su identidad progresista a través de la férrea exclusión de los *otros* de turno, tan propia de epígonos con inevitable deriva sectaria. Nuestro estudioso de la República enlazaba con la primera.

Nada tiene pues de extraño que entre sus ocupaciones cobrara particular protagonismo el trabajo de seminario, en el sentido más literal del término. El profesor Ramírez sembraba, a la sombra de Murillo Ferrol, inquietudes académicas y sociales en sus alumnos de los dos primeros cursos, continuando luego con ellos

ese trabajo en común a lo largo de la carrera. Tanto la Facultad como el público Colegio Mayor de (Nuestra Señora de) la Victoria, donde residía, eran continuo escenario de ese riguroso y fecundo trabajo. Lo adobaba con un tono socarrón, que aparece aún —como si se hubiera parado el reloj— en estas páginas. Parece como si estuviéramos aún en aquella época en la que el afán de información obligaba a leer entre líneas, o las propuestas de ruptura invitaban a conformarse con una ironía proclive al juego de palabras; al menos, a los que no se consideraban en condiciones de sumergirse en la protesta callejera.

Fruto de mi ya confesada admiración por su labor fue la propuesta, por él de inmediato asumida, de organizar unas Jornadas en las que los jóvenes de los que informalmente se rodeaba compartieran con alumnos de mis grupos docentes unos días de reflexión. No en vano suscribíamos un mismo concepto de la tarea universitaria, por más que él acentuara coquetamente otras diferencias, reales o presuntas.

El escenario fue el Albergue Hoya de la Mora, remozado entonces por mi propio Colegio Mayor (el llamado del Albayzín, situado ya en el entonces callejón de Fuentenueva). Lo que era en ese momento minúsculo referente de las actividades de esquí, en una Sierra Nevada que aún no contaba con la actual estación de Solynieve, se convirtió durante unos días en escenario de un interesante coloquio sobre un tema entonces obligado: “las dos Españas”. Sin pretender evocar el elenco de participantes, no sería nada de extrañar que por allí anduvieran Carlos Alba Tercedor, Manuel Contreras Casado, Julio Iglesias de Ussel, José Ramón Montero Gibert o Joaquín O’Shanahan, no todos necesariamente juristas, como no lo era Tomás Quesada, y, desde luego, el llorado Juan José Ruiz-Rico. Porque si el profesorado de la Facultad granadina era entonces destacable, el alumnado no le iba, como puede verse, a la zaga; casi todos los citados han sido luego Catedráticos de Universidad, y aún cabría añadir a Antonio Jara, Profesor, Alcalde y Diputado...

Completaré estos recuerdos, que no pretenden desahogar nostalgias de veterano sino ofrecer un marco vivo y cercano del autor, señalando otro aspecto de su proceder que suscitó mi atención. Su decidido propósito de rehuir todo contacto o intento de inserción entre los poderes fácticos o fuerzas vivas de la ciudad, a la que veía más vetusta y altanera de lo soportable. Sin compartir su diagnóstico, extraje de ello la mayor lección que, aunque él no lo sepa, recibiera mi colega y amigo: puestos a ambicionar, vale más la pena proponerse gozar de autoridad que disfrutar de poder. Lecciones de ese tipo, cuando se anda por los veintipocos, no tienen precio...

El regeneracionismo continuaría siendo una de las constantes de su trayectoria. Más tarde, ya en Zaragoza, lo personificaría en Lucas Mallada, que da allí nombre a una Fundación desde la que, mientras le han dejado, ha ido llevando a cabo otra meritoria labor de siembra. Junto a ése, habría que apuntar otro factor: la

independencia propia del intelectual de raza. Independencia que no elude el compromiso político, que le ha llevado a trabajar con denuedo por las libertades, con militancia partidista o no (nunca se lo he preguntado...). Huyendo del machadiano “virtuoso de la inteligencia”, no ha renunciado a ser intelectual y, en consecuencia, demasiado poco de fiar como para que unos u otros lo lleguen a considerar suficientemente de los “nuestros”.

Resulta, por ello de particular interés compartir la reflexión en voz alta de personaje tan singular. Pieza clave de ella será la memoria; una memoria honesta y nada selectiva, que le lleva a aborrecer sucedáneos ahora en el mercado. A la hora de rumiar nuestro pasado, su afán por personificar regeneración e independencia le ha llevado a realizar un inconsciente *casting*. Podría haber elegido como protagonista a alguien con claros rastros ginerianos, como el granadino y discutido Fernando de los Ríos; pero se ve que quien acabó superando con mayor brillantez la prueba fue Manuel Azaña, quizá por su refrendada independencia.

Manuel Ramírez, por lo demás, también muy cerca de Unamuno y Ortega, encarna en Azaña sus propias ilusiones, la España que siempre ha soñado. Su descripción de tan controvertida figura quizá no resulte muy fiel, pero sí que sirve de espejo de cómo al autor le hubiera gustado cumplir tan privilegiado papel. Tiende a excusar sus momentos menos afortunados como desmesuras lenguaraces, fruto de una irresistible pasión estética. Pero mantiene la lucidez al reprobar su política religiosa, sin disimular que no dejó de ser un laicismo beligerante, considerando disparatado su afán por esculpirla además en mármol constitucional; a su juicio, ¡el gran error de la República!

“Manuel Azaña, por encima de todo, es un gran patriota” —nos dice— que “nunca puso ni quiso huir de las preocupaciones ni problemas de su querida España. Nunca renunció a pronunciar su nombre”. Afortunado e involuntario autorretrato de quien lo escribe. Evoca su preocupación por la escasa identificación de los españoles por una república que entonces personificaba la democracia. En consecuencia, echa de menos una “socialización en democracia”, que seguiría siendo nuestra asignatura pendiente; quizá —cabe añadir— porque sería demasiado simplista encerrarla en una asignatura. Sobre todo, cuando entre las características de cualquier sistema totalitario se incluye, páginas más bajo, una ineliminable: “la existencia de una ideología oficial, convertida en verdad oficial del Estado, que se va a intentar esparcir e imponer a toda costa”, consumando un “adoctrinamiento de sus súbditos”.

Esa socialización implica un proceso mucho más complejo, en el que el autor considerará imprescindible un hoy ausente diálogo intergeneracional, que “tiene su más directa explicación en el hecho de que la relación familiar o similar ha dejado de ser la principal agencia o instancia de socialización”. No es extraño

que ello se vea acompañado por la tendencia a “descalificar alegremente lo heredado”.

El concepto de Estado *autoritario* de Linz y el de *franquismo sociológico* de Amado de Miguel le ayudan a rastrear la génesis y el efectivo alcance de la Transición. Si la agonía de la UCD se vió acompañada de una alusión al *desencanto*, Manuel Ramírez confiesa sin empacho ahora su desilusión ante una España que no ha conseguido resolver su estructura autonómica, con una Universidad “herida de muerte por la LRU” y una sociedad pasto de una partitocracia que se reparte en “cuotas” todo lo que se pone a su paso. Para el autor, tal descripción no es síntoma “de pesimismo, sino de hiriente realismo”; se considera pues optimista bien informado.

Su propuesta regeneracionista invita a cuestionar un *hedonismo* que rechaza “cuanto signifique esfuerzo personal” y genera mediocridad por doquier. Sería utópico desde ese punto de partida aspirar a contar con una clase política superior: “De una sociedad en la que *todo vale* no cabe esperar nada bueno de la nómina de quienes la dirigen”. Denuncia a la vez un *consumismo* capitalista, que mantiene “presos de la tristeza del vivir para consumir”.

Conocer a Manuel Ramírez hace decenios no fue para mí en absoluto irrelevante; leer las páginas que siguen ha supuesto un gozoso reencuentro. Estoy seguro de que si se adentran en ellas comprenderán por qué lo afirmo.

